

## Textos indispensables para el análisis de las masculinidades

El enfoque de las masculinidades es reciente en el campo de la salud; sin embargo, su incorporación es fundamental para analizar y reflexionar sobre los diferentes problemas del ámbito sanitario desde la perspectiva de género, lo que permite comprender esta última como relacional. Además, es posible comprender las particularidades de las mujeres y los hombres, así como las diferencias entre unas y otros, que derivan en distintas necesidades de atención.

En este sentido, Melissa Fernández Chagoya e Iván Sambade Baquerín, quienes ostentan la autoría de dos artículos centrales de este número especial, ofrecen dos reseñas bibliográficas sobre textos que consideran indispensables para la incorporación del enfoque de las masculinidades en el análisis de las problemáticas de salud de los hombres.

### ¿Para qué analizar las masculinidades? Lo imperdible para un análisis crítico de la masculinidad

Melissa Fernández Chagoya<sup>i</sup>

Si deseamos abonar a la comprensión de la lógica de género, y en particular a la construcción de la masculinidad, es importante mantener una mirada crítica y situada. De esta forma, podemos leer el material descriptivo que ofrecen diversos textos sobre el tema, para conocer la manera en que se materializa la masculinidad entre los cuerpos socializados dentro del margen binario del género: los hombres. Asimismo, es posible realizar diferentes análisis desde una posición política y crítica.

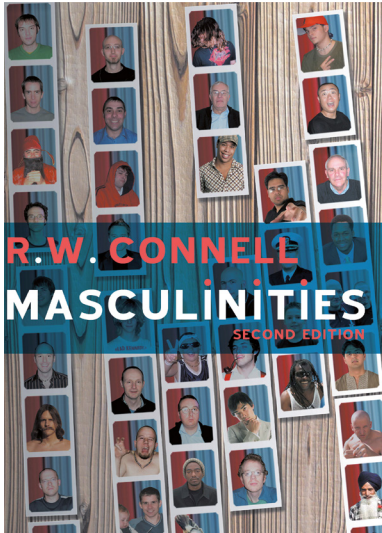
En este sentido, Matthew Guttmann señala que uno de los grandes problemas del estudio de las masculinidades es su falta de rigor teórico en el abordaje del tema.<sup>1</sup> En su texto “Traficando con hombres: la antropología de la masculinidad”, el autor afirma que esta categoría tiene al menos cuatro formas para su comprensión, las nociones

relativas a la identidad masculina, la hombría, la virilidad y los roles masculinos.

Desde lo empírico, se cuenta con una amplia gama de trabajos de corte descriptivo enfocados en las distintas experiencias de “ser hombre” en diversas situaciones y contextos: pobres, ricos, gays, indígenas, trabajadores, líderes o jóvenes. Sin duda, un aporte fundamental es el esquema clásico que propone Raewyn Connell en su libro *Masculinities: knowledge, Power and Social Change*, que ubica a la masculinidad hegemónica como un ideal normativo, del cual se desprenden otras, denominadas periféricas, las alternativas y las marginales.<sup>2</sup> De igual forma, Connell propone relacionar la lógica de la masculinidad con la capitalista, lo que permite entender la construcción y la reproducción del género masculino.

---

<sup>i</sup> Doctora en Ciencias Sociales con área de concentración Mujer y Relaciones de Género en la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Coautora de tres libros cuyas temáticas giran en torno a la juventud y la masculinidad, el consumo sexual y la participación de los hombres en la trata de mujeres con fines de explotación sexual. Como investigadora de Género y Desarrollo, A.C. (GENDES), comparte la autoría de tres manuales escolares para erradicar la violencia contra las mujeres en México. Coordinadora del libro *Miradas multidisciplinares en torno a la masculinidad: desafíos para la impartición de justicia*, editado por Fontamara y la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Catedrática en la Universidad del Claustro de Sor Juana y responsable del Seminario en estudios de género: teorías contemporáneas y acción política, adscrito al Colegio de Derechos Humanos y Gestión de Paz. También es profesora de las licenciaturas de Antropología Física y Antropología Social de la Escuela Nacional de Antropología e Historia.



A partir de los aportes de esta autora, diversos estudios describen la esfera en la que se encuentran ciertos grupos de hombres, enfocándose en sus formas y actitudes, sus comportamientos y vicisitudes respecto del modelo hegemónico de la masculinidad. Lo anterior deja mucho que desear en términos teóricos y políticos, aunque se reconoce su aporte descriptivo.

Al respecto, en el documento “Estudiar la masculinidad, ¿para qué?”, Olivia Tena manifiesta lo siguiente:

Hablar de masculinidades conlleva el riesgo de suponer la existencia ostensible de una entidad ontológica y universal o el pretender resolver el reconocimiento de su falta de asequibilidad a través de una diversificación explícita en la que toda forma de expresión quede incluida, construyéndose en ocasiones dicha categoría a través de una lista de cualidades organizadas en tipologías inconexas que dificultan su abordaje teórico.<sup>3</sup>

Algunos estudiosos del género de los hombres<sup>ii</sup> pareciera que buscan “la liberación masculina” o más puntualmente, la liberación del modelo hegemónico de la masculinidad. Sin embargo, no se evidencia con claridad la pretensión política ni se enuncia la implicación que tiene esa liberación para las mujeres; por lo que en cierto sentido, se obvia su carácter necesariamente relacional. Este riesgo se origina entre quienes estudian las masculinidades, “pareciendo que se regresa a estudios de esferas separadas y antagónicas que, más que provocar los cambios esperados, pudiesen perpetuar las desigualdades”.<sup>3</sup>

Además, es importante cuestionar quién produce el conocimiento sobre los varones, para qué y cómo se pretende utilizar el saber resultante. Política y ética; esa es la respuesta de Tena, quien argumenta que el *qué* debe ser condicionado en función del *para qué*, bajo esta doble dimensión. Así, en el *qué* del conocimiento se fundamentan los objetivos que persigue; es decir, se nutre de sus *para qué*: la búsqueda de la igualdad, la emancipación, la libertad o la autonomía de las mujeres, para finalmente lograr relaciones entre ellas y en relación con los varones.<sup>3</sup>

Algún estudioso del género de los hombres podrá argumentar que no es su intención abocarse a las demandas feministas y que el género, como categoría amplia y sugerente, se ha vuelto tan permisible que es legítimo dar cuenta de la construcción de los varones de manera separada, exclusiva y exhaustiva. Por mi parte, considero que es inconveniente hacer del género solo una herramienta analítica para la descripción: realizar estudios por y para sí, exhaustivamente descriptivos y apolíticos en apariencia, podría perpetuar el androcentrismo en la ciencia y en la política.

En los trabajos que he leído sobre masculinidades, la idea de fondo es resistir ante cualquier tipo de hegemonía; verbigracia, el androcentrismo es una de ellas y de hecho, la principal. Entonces, cuál es el sentido de estudiar las diferentes formas de la masculinidad, si al analizar la propia diversidad se desmantela la masculinidad hegemónica o solo se cambia el foco de atención, asumiendo que no existe, justo al prestar más atención a las formas de vivirla. Modos diversos, sí, pero nunca desanclados del fundacional: la masculinidad hegemónica.

Al respecto, en el libro *Rupture anarchiste et trahison pro-féministe*, Léo Thiers-Vidal indica que se requiere comprender que el sujeto de investigación puede ser “los hombres”, pero el *objeto* de ésta deben ser las *rapports* sociales de sexo.<sup>6</sup>

Vivimos en un patriarcado donde el grupo de hombres oprime y explota a las mujeres –y nosotros también, aunque libertarios– participamos. Un patriarcado donde la norma monogamia mantiene a las mujeres en un estado de dependencia con respecto a los hombres. Nosotros, los libertarios,

<sup>ii</sup> En la actualidad existen estudiosas de la masculinidad, aunque cuantitativamente la mayoría son varones interesados en este tema. Sin embargo, es pertinente anotar que Ana Amuchástegui<sup>4</sup> y Mara Viveros<sup>5</sup> han observado que la categoría “masculinidades”, de la cual parten casi todas las propuestas de investigación del género de los varones, aún está en proceso de construcción y personifica de manera ambigua los preceptos que la componen.

ultra-izquierdistas, autónomos, anarquistas no somos una excepción. Nuestro movimiento es viril, hetero, monógamo y, en general, poco dinámico en el plano personal. Encuentro en nuestro movimiento pocas reflexiones o prácticas que desafíen y luchen contra el patriarcado –el mecanismo de poder por excelencia de la esfera relacional/personal–. (...) En breve, mucha resistencia anti-autoritaria tradicional, poca resistencia antipatriarcal.<sup>6,iii</sup>

Por su parte, Alban Jacquemart considera que los hombres –siendo históricamente los dominantes–, cuando apoyan los movimientos de mujeres difícilmente pueden descolocarse de esa posición de poder y, por el contrario, pueden buscar las maneras de detentarlo.<sup>7</sup>

En efecto, al no tener experiencia de dominados en las relaciones sociales de sexo, ¿cómo los hombres pueden pretender movilizarse en nombre de las dominadas y por las dominadas? (...) De hecho, movilizarse en nombre de las mujeres, pretender representar a las mujeres –dominadas–, cuando se es un hombre –dominante–, significa reapropiarse de la lucha de las dominadas.<sup>7,iv</sup>



Siguiendo esta línea crítica, para el Collectif Stop Masculinisme, en su libro *Contre le masculinisme. Guide d'autodéfense intellectuelle*, existe una tendencia discursiva que evidencia “el masculinismo”; es decir, una ideología que

pretende articular una estrategia de victimización –bajo la “retórica de la igualdad”–, para defender los intereses de algunos hombres, con el fin de mantener el *status quo* de la dominación masculina.<sup>8</sup>

En ese tenor, en su libro *L'étude et le rouet. 1. Des femmes, de la philosophie, etc.*, Michèle Le Doeuff se refiere al masculinismo como “ideología política gobernante, estructurante de la sociedad, fundada materialmente sobre la opresión de las mujeres”.<sup>9</sup>

Si de estructura de trata, conviene resaltar el trabajo clásico de Pierre Bourdieu, *La dominación masculina*, en el cual indica cómo se socializa lo biológico y se biologiza lo social por medio de la violencia simbólica, que una y otra vez busca revivir la doxa masculinista.<sup>10</sup> El autor sugiere devolver el carácter paradójico a esa imagen aumentada de la masculinidad, que opera para mantener el sistema de dominación imperante hasta nuestros días.

Otras propuestas originadas en la retórica de los estudios de las masculinidades, y que aluden a las formas auténticas de des-construcción de la masculinidad hegemónica, suponen que esta categoría no es el punto de partida. En este sentido, la sudafricana Zine Magubane, en su trabajo “Which bodies matter? Feminism, post-structuralism, race and the curious theoretical odyssey of the ‘Hottentot Venus’”, describe la actuación de género de ciertos varones, cuyas marcas de clase y raza los constituyen como hombres subalternos (pobres y afrodescendientes en países con historia esclavista). Asimismo, Magubane analiza la interseccionalidad entre clase, racialización y orientación sexual, al estudiar el caso de un famoso y millonario basquetbolista afroamericano, Dennis Rodman, que por su posición y conciencia adquirida se coloca como un “hombre blanco de piel negra”.<sup>11</sup>

Lo mismo aplica para el análisis del mundialmente reconocido *drag queen* afroamericano, Rupaul, cuyo origen es pobre y negro, y quien en su actuar transgrede las normas de género, clase y

<sup>iii</sup> Nous vivons dans un patriarcat où le groupe des hommes opprime et exploite les femmes –et nous aussi, libertaires– y participons. Un patriarcat où la norme monogame maintient les femmes dans un état de dépendance vis-à-vis des hommes. Nous les libertaires, ultragauches, autonomes, anarchistes ne sommes pas une exception. Notre mouvement est viril, hétéro, monogame et en général peu dynamique sur le plan personnel. J’y retrouve peu de réflexions ou de pratiques qui remettent en cause et luttent contre le patriarcat – le mécanisme de pouvoir par excellence de la sphère relationnelle/personnelle (...) En bref, beaucoup de résistance antiautoritaire traditionnelle, peu de résistance anti-patriarcal (Traducción propia).

<sup>iv</sup> En effet, n’ayant pas l’expérience des dominées dans les rapports sociaux de sexe, comment des hommes peuvent-ils prétendre se mobiliser au nom des dominées et pour les dominées ? (...) En effet, se mobiliser au nom des femmes, prétendre représenter les femmes – dominées – lorsqu’on est un homme – dominant – revient à se réapproprier la lutte des dominées (Traducción propia).

racialización, provocando el retorno a la mirada y a la comprensión de los sujetos subalternos frente a los hegemónicos.

Otro ejemplo de estudios africanos que apelan a la complejidad descolonial e interseccional, pretendiendo ir más allá de la descripción que busca reivindicar las masculinidades alternativas frente a la hegemónica, es el caso de Akosua Adomako Ampofo y John Boateng, en su trabajo “Multiple meanings of manhood among boys in Ghana”.<sup>12</sup> La autora y el autor ghaneses hacen un análisis sobre la masculinidad en su país, preguntando cómo opera la masculinidad en hombres y mujeres y qué repercusión tiene en el proceso generacional y local. Para dar cuenta de ello, interseccionan categorías como clase social, racialización, etnicidad, religión, edad y geografía situacional, con el fin de comprender la masculinidad en Ghana.

En nuestro país, Guillermo Núñez Noriega ofrece un análisis meticuloso sobre la sexualidad de los hombres.<sup>13</sup> En su libro ya clásico, pero no menos relevante, *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo de lo sexual*, el autor revela prácticas homoeróticas y plantea el concepto “HSH” para identificar la premisa que hace alusión a que una práctica sexual no define una identidad política; es aquí cuando el poder y la resistencia tienen

sentido y se encarnan en los cuerpos hacedores del género masculino.

Los ejemplos que expongo suponen la búsqueda de un andamiaje teórico y metodológico que apunte a los márgenes y quiebres de la estructura hegemónica de la masculinidad. Asimismo, apuesta por la descolonización del saber, es decir, persigue otra forma de hacer conocimiento y analizar las relaciones de poder que permiten la existencia de los géneros.

Considero que en Latinoamérica, y particularmente en México, los estudios del género de los varones tienden a entraparse en un esquema que despliega la masculinidad hegemónica, describiendo las formas “diversas” de vivirla y así entender cómo se reproduce y se perpetúa, sin presentar propuestas o resquicios para deconstruirla. Además, no se presenta un corpus teórico sólido ni se apuesta por un método de investigación para su propia problemática de estudio.

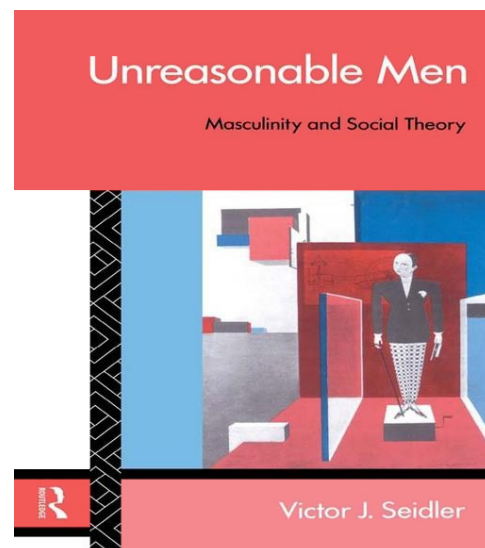
Por lo tanto, sugiero aproximarnos a la *cultura de género*, que demanda cierto tipo de masculinidad y de feminidad para su cabal ordenamiento social, buscando formas para su derrocamiento. Y para tal intención, comparto en estas breves líneas los trabajos que considero pueden desvelar las paradojas de la masculinidad.

## Sobre masculinidad y su sinrazón. Dos libros para adentrarse en la vivencia de “ser hombre”

Iván Sambade Baquerín<sup>v</sup>

En el libro *La Sinrazón Masculina*, Víctor Seidler realiza un profundo y extenso análisis sobre cómo los procesos de racionalización social de la Modernidad han constituido la subjetividad masculina, a partir de la asociación de los dualismos jerarquizados cultura/naturaleza y masculino/femenino en el imaginario simbólico de Occidente.

Desde los inicios de la Modernidad, con el paradigma mecanicista, la razón humana como productora de cultura y agencia civilizadora fue definida como algo opuesto y externo a la naturaleza. Esta última es mera materia y sus fenómenos se rigen por las leyes universales del entendimiento humano; leyes que imponen el dominio de la razón.



<sup>v</sup> Doctor en Filosofía por la Universidad de Valladolid (UVA) y especialista en estudios de las masculinidades. Integrante de la Catedra de Estudios de Género de la UVA, donde ha sido profesor en el Master en Estudios de Género y Políticas de Igualdad e investigador en el Proyecto I+D La igualdad de género en la cultura de la sostenibilidad: valores y buenas prácticas para el desarrollo solidario

Esta dialéctica excluyente se aplicó de forma idéntica en la antropología cartesiana, de modo que el cuerpo y las emociones, establecidas como afecciones originarias del mismo, fueron consideradas como mera materia para controlar y dominar bajo los dictados de la razón omnipotente que definió el contorno de “lo humano”. Así, se produce una escisión entre la mente y el cuerpo, la razón y las emociones, la cultura y la naturaleza, que deslegitima el conocimiento procedente de la experiencia sensible, incluso en lo referente a la identidad.

De forma análoga, no todas las personas fueron definidas por igual en el paradigma ilustrado. La capacidad biológica de las mujeres para alumbrar vida fue erigida por los filósofos ilustrados como pretexto para justificar la desigualdad social de poder, excluyéndolas de los dominios de la razón y de la humanidad. Esta racionalización de la femineidad legitimó la división sexual del trabajo y la sujeción de las mujeres a la esfera social privada. De este modo, la masculinidad se identificó con la racionalidad y “la autoridad de la Razón fue claramente vinculada con la autoridad patriarcal del hombre”.<sup>14</sup>

En este sentido, Seidler recorre los grandes paradigmas de la modernidad<sup>vi</sup> y muestra cómo la dialéctica razón/emoción y su asociación con la masculinidad y la femineidad, han permeado toda forma de organización social y de desarrollo tecno-científico, desde la Modernidad hasta nuestros días.

Este recorrido lo realiza en connivencia con las teorías feministas y ecologistas, por lo que concluye que la identificación de la masculinidad con la razón ha generado formas de pensamiento y de subjetividad que son responsables de las estructuras sociales de dominación de la naturaleza y de las personas identificadas con la misma, principalmente las mujeres y los pueblos colonizados. Esta forma de subjetividad es la masculinidad patriarcal y su definición condiciona el modo en que los hombres occidentales son, piensan y sienten.

Desde este enclave teórico, Seidler analiza las consecuencias que la masculinidad patriarcal conlleva para la subjetividad masculina. Los hombres hemos aprendido a comprender

nuestro cuerpo y emotividad como exteriores a nosotros y ajenos de la naturaleza, y que podemos instrumentalizar para nuestros fines en la esfera social pública. Aquí se dirime la masculinidad; en el trabajo, la política, el deporte, las relaciones con los iguales, entre otros ámbitos.

Esta posición social y el uso instrumental, abstracto e impersonal del lenguaje y el razonamiento, genera en los hombres la idea de que tenemos la razón. Pero, paradójicamente, la relación con nuestro yo-interior, nuestras emociones y nuestros sentimientos, es débil y endeble. De esta forma, se produce el sinsentido, la sinrazón, de que quienes tienen el poder para legislar y definir socialmente, tienen un conocimiento precario de sí mismos, su intimidad y su persona.

En este libro, Seidler muestra cómo, investidos de la autoridad de la razón, los hombres han aprendido a hablar en nombre de las y los otros, superponiendo sus intereses y sus objetivos a los de las personas con quienes se relacionan, desoyendo y deslegitimando sus verdaderas necesidades y sentimientos. Esta estrategia social del poder se ha reproducido en los procesos de colonización desarrollados por los Estados-Nación europeos y norteamericanos, y en las relaciones sociales entre mujeres y hombres.

Para alcanzar el cambio hacia formas más libres e igualitarias de masculinidad, Seidler propone la exploración crítica del propio potencial humano. Un ejercicio que requiere de la mirada hacia el interior y la intimidad, hacia lo doméstico y la femineidad, en una manifiesta ruptura con la herencia filosófica e intelectual que ha convertido a los hombres en agentes de dominación y que nos ha impedido experimentar y reconocer formas más enriquecedoras de ser humanos.

Por otra parte, el segundo texto que considero trascendental para el abordaje de las masculinidades es un estudio realizado desde la teoría feminista, el psicoanálisis, la teoría gay y la sociología estructural, el libro *Masculinities: knowledge, Power and Social Change*. Desde una perspectiva crítica con las posiciones esencialistas, Raewyn Connell<sup>vii</sup> apunta la diversidad de masculinidades existentes y explica su complicidad en la reproducción de las estructuras sociales patriarcales.

<sup>vi</sup> Paradigmas como el mecanicismo cartesiano, el positivismo social, el marxismo, la antropología capitalista y la ética protestante del trabajo, entre otros.

<sup>vii</sup> Raewyn Connell es una mujer transgénero y adoptó este nombre en 2007, por este motivo sus publicaciones anteriores se encuentran firmadas con el nombre de R.W. Connell.

Connell señala que las masculinidades no son comprensibles como entidades aisladas, sino que lo son siempre dentro de relaciones de género; además, son configuraciones prácticas que se articulan dentro de la estructura social patriarcal. Asimismo, son los patrones prácticos a través de los cuales los hombres (mayoritaria, pero no exclusivamente) reproducen su posición en el sistema social, en relación dinámica con las y los niños, las mujeres y otros hombres. En conjunto, las masculinidades perpetúan la hegemonía social de los hombres, en la que cual se encuentran en diferentes posiciones de poder; luego, en una constante disputa social entre sí.

De esta forma, la autora destaca el carácter dinámico de las identidades de género, que como configuraciones prácticas se ubican de manera simultánea en múltiples estructuras de relación desde sus diversas trayectorias históricas y sociales. Ni la masculinidad ni la femineidad son identidades sustantivas, esenciales e inmutables, sino que contienen entreveradas múltiples contradicciones internas que se originan en los conflictos sociales y las fracturas históricas del momento.

Por este motivo, Connell estudia las masculinidades desde la interseccionalidad del género con la clase, la raza y la identidad sexual. Esto permite especificar las diferencias que los contextos de socialización condicionan en los procesos identitarios de los hombres. Así, por ejemplo, las masculinidades de los hombres blancos se construyen en relación con las mujeres blancas y con los hombres negros. Si queremos percibir distintas configuraciones de las masculinidades, es necesario observar las relaciones de género dentro de los contextos de las clases, las razas y las identidades sexuales por separado: “hay hombres gay negros y obreros de fábrica afeminados, así como violadores de clase media y travestis burgueses”.<sup>15</sup>

Desde este enfoque dinámico-relacional, Connell define el concepto de *masculinidad hegemónica*: configuración práctica que ocupa la posición de primacía en un modelo concreto de relaciones

de género y que siempre está sujeta a disputa. Esta categoría encarna la respuesta convencional respecto de la legitimidad del patriarcado, por lo que reproduce la posición hegemónica de los hombres frente a la posición subordinada de las mujeres. Por este motivo, suele estar respaldada explícita o subyacentemente por la violencia masculina, que sigue dos patrones: la que ejercen algunos hombres para sostener su dominación concreta sobre las mujeres y aquella acontecida entre hombres, como política de confirmación de la masculinidad.

A través de la disputa de las diversas masculinidades por la hegemonía social y de la identificación de los hombres como iguales por medio de la violencia, Connell explica la complicidad común de las masculinidades jerarquizadas en el sistema de discriminación social de las mujeres. Esto permite abordar cuestiones prácticas, como la violencia machista contra las mujeres, la educación de los niños, la acción sobre la salud de los hombres, la crisis de la masculinidad y la promoción de la igualdad de género.

La autora señala que la llamada “crisis de la masculinidad”, en realidad es la crisis del sistema vigente de relaciones de género y encuentra una relación directa entre la violencia de los hombres contra las mujeres y la crisis de los modernos patriarcados: un sistema que requiere de violencia para mantener su estabilidad, es un sistema imperfecto y sin legitimidad. De este modo, el concepto de “crisis de la masculinidad” se refiere a las tendencias de crisis del patriarcado moderno, que a su vez, implican transformaciones, rupturas y reordenamientos en las configuraciones prácticas de género masculino. Es decir, supone masculinidades en transformación social.

Finalmente, Connell advierte que pueden surgir nuevas masculinidades en los estados de crisis y por ello, se pueden provocar intentos de restaurar una masculinidad dominante o hegemónica. Por lo tanto, el reconocimiento de la diversidad y la implantación de políticas de igualdad de género son herramientas indispensables para la democratización plena de las sociedades modernas.

## Referencias bibliográficas

1. Gutmann M. Traficando con hombres: la antropología de la masculinidad. *Annual Review of anthropology* 1997;(26):23-54.
2. Connell RW. *Masculinities: knowledge, Power and Social Change*. Berkeley: University of California; 1995.
3. Tena Guerrero O. Estudiar la masculinidad, ¿para qué? En: Blázquez N, Flores F, Ríos M. *Investigación feminista. Epistemología, metodología, representaciones sociales*. México: UNAM; 2010. p. 271-291.
4. Amuchástegui A. ¿Masculinidad (es)? los riesgos de una categoría en construcción. En: Careaga G, Cruz S. *Debates sobre masculinidades. Poder, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía*. México: UNAM; 2006. p. 159-181.
5. Viveros Vigoya M. De quebradores y cumplidores. *Sobre hombres, masculinidades y relaciones de género en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia; 2002.
6. Thiers-Vidal L. *Rupture anarchiste et trahison pro-féministe. Ecrits et échanges de Léo Thiers-Vidal*. Lyon: La source d'or; 2013.
7. Jacquemart A. *Les hommes dans les mouvements féministes français (1870-2010). Sociologie d'un engagement improbable*. París: École des Hautes Études en Sciences Sociales; 2011.
8. Collectif Stop Masculinisme. *Contre le masculinisme. Guide d'autodéfense intellectuelle*. Lyon: Bambule; 2013.
9. Le Doeuff M. *L'étude et le rouet. 1. Des femmes, de la philosophie, etc.* París: Seuil; 1998.
10. Bourdieu P. *La dominación masculina*. Madrid: Anagrama; 2000.
11. Magubane, Z. Which bodies matter? Feminism, post-structuralism, race and the curious theoretical odyssey of the 'Hottentot Venus'. *Gender and Society* 2001;15(6):816-34.
12. Adomako Ampofo A, Boateng J. Multiple meanings of manhood among boys in Ghana. En: Tamale S. *African Sexualities. A Reader*. Johannesburgo: Pambazuka; 2011. p. 420-436.
13. Núñez Noriega G. *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo de lo sexual*. México: PUEG-UNAM; 1999.
14. Seidler VJ. *La sinrazón masculina. Masculinidad y teoría social*. México, D.F.: Paidós-UNAM; 2000.
15. Connell R. La organización social de la masculinidad. En: Valdés T, Olavarría J. *Masculinidad/es: poder y crisis*. Santiago de Chile: ISIS-FLACSO, Ediciones de las Mujeres N°24; 1997. p. 31-48.



R.W. Connell: The London School of Economics and Political Science